ñas, se dejó ver de pronto frente á mí; y, subiendo también á lo largo de la colina vecina, se puso como á resbalar á flor de tierra entre los matorrales negros, como un disco espléndido empujado por genios invisibles. Toda aquella cadena de cimas y de valles, vista con esa claridad, desde los escalones de aquel sendero de gigantes, tenía no sé qué aspecto sobrenatural.

Comenzaba á necesitar ayuda. La luna alumbraba mi camino, que harto me convenía. Al mismo tiempo, mi sombra echó á andar á mi lado como para acompañarme. Diez minutos después llegaba á lo alto de la montaña. Desde abajo no me había parecido tan alta. Sea dicho de paso, lo mismo ocurre con casi todas las grandes cosas vistas desde abajo. De ahí proceden los juicios diminutivos y estrechos de los hombres pequeños sobre los grandes hombres.

No se veía en el cielo más que la luna. Ni una nube, ni una estrella había en él. Era uno de aquellos grandes días de la noche que se presentan una vez cada mes. En la cima del monte, vasta grupa cubierta de brezos y limpiada por el viento; lo que tenía á la vista no era un paisaje, sino un gran mapa geográfico casi circular esfumado por la distancia y el vapor, como el que debió ver Jesucristo cuando Satanás le trasladó á la montaña para ofrecerle los reinos de la tierra. Entre paréntesis, hacer semejante proposición á quien sabe que es Dios y á quien sabe uno que lo es; ofrecer los reinos de la tierra á quien tiene los reinos del cielo, es una estupidez, sea dicho entre nosotros, que me cuesta trabajo comprender de parte de esa especie de Voltaire antediluviano á quien llamamos el diablo.

Hacia el Norte, el brezal llegaba á un bosque. Ni una cabaña, ni una choza, ni un leñador. Una soledad profunda.

Paseándome por aquel cerro, vi á algunos pasos

del sendero, bajo las zarzas erizadas (á propósito de zarzas, la palabra *horridus* falta en nuestra lengua; dice menos que *horrible* y más que *erizado)*, vi, digo, una especie de agujero hacia el cual me dirigí.

Era un foso cuadrado bastante grande, con una profundidad de diez á doce pies y una anchura de ocho á nueve, en el cual se inclinaban espinos rojizos, y donde los rayos de la luna entraban por las grietas de la maleza. Distinguíase vagamente en el fondo como un empedrado de anchas losas cavado por la lluvia, y en las cuatro paredes una fuerte mampostería de enormes piedras, informes y repugnantes, bajo las hierbas y los musgos. Parecíame ver en el piso algunas esculturas borrosas y gastadas, mezcladas con escombros, y entre esos escombros un grueso bloque redondeado, groseramente ensanchado, con un pequeño agujero en el centro, que podía ser un altar celta ó un capitel del siglo x.

No había escalones para bajar á la excavación.

Quizá no era más que una simple cisterna; pero os aseguro que la hora, el sitio, la luna, los espinos y las cosas confusas entrevistas en el fondo, daban no sé qué aspecto formidable y salvaje á esa misteriosa cámara sin escalera, hundida en la tierra, con el cielo por techo.

¿Qué era aquel foso singular? Usted me conoce, me obstino, busco, quiero saber respecto de aquella cueva más de lo que la luna y el desierto me dicen; separo las ramas y brozas con mi bastón, me agarro á unos sarmientos y me inclino sobre aquella sombra.

En el mismo instante oigo una voz grave y cascada pronunciar distintamente detrás de mí esta palabra: *Heidenloch*.

En el poco alemán que sé, conozco esa palabra; significa: *agujero de los Paganos*.

Me volví, y no había nadie entre los matorrales; el

viento que soplaba y la luna alumbrando. Nada más.

Solamente me pareció haber, del lado del bosque, á unos treinta pasos, entre la luna y yo, una cantidad de sombra, altos chaparros que no había visto aún.

Creo haberme equivocado, y que, como todos cuantos se pasean en las soledades, me volvía algo visionario, y continué explorando la orilla del foso.

Entonces la voz se elevó otra vez detrás de mí y oí de nuevo las tres sílabas extrañas: *Heidenloch*.

Volvíme rápidamente, y á mi vez dije en alta voz: *¿Quién está ahí?*

En ese instante creí observar, no sin un estremecimiento involuntario, se lo confieso á usted, que el brezal se me había acercado algunos pasos.

Repetí: *¿Quién está ahí?* Y en el momento en que iba á marchar resueltamente hacia él, le vi venir á mí y oí por tercera vez la voz decrépita que decía: *Heidenloch*.

En aquel lugar desierto, á esa hora de la noche, está uno dispuesto para las supersticiones, y le declaro á usted que todas las leyendas del Rhin y del Néckar comenzaban á volverme á la memoria, subiéndose á mi cerebro como humo, cuando la zarza sobrenatural se volvió. Entonces lo que estaba en la sombra apareció á la luz de la luna, y vi á una viejecita encorvada hasta la barba apoyada en un palo nudoso, casi enterrada en un montón de ramas, barriendo el suelo detrás de sí y balanceándose sobre su cabeza de una manera fantástica. La vieja me miraba con sus ojos grises, repitiendo: *¡Heidenloch! ¡Heidenloch!*

Hubiérase dicho una vieja dríade arrojada por los leñadores, llevándose su árbol á la espalda.

Era sencillamente una pobre buena mujer que regresaba de cortar rastrojos en el bosque, que había visto á un extranjero y que le había dado una noticia, dirigiéndose luego á su choza á la luz de la luna,

arrastrando su haz de leña por el sendero de los gigantes.

Le dí gracias y algunos kreutzers, mirándola con admiración. En mi vida he visto una vieja tan pequeña bajo tan enorme haz de leña.

Me dirigió, con un gruñido de gratitud, una horrible mueca graciosa, que era, hacía cincuenta años, encantadora sonrisa. Luego volvió la espalda, es decir, las ramas; y á los pocos minutos, llegada á la pendiente del monte, se hundió en la tierra y se desvaneció como una aparición. Por lo demás, su explicación no explicaba nada. Era una palabra lúgubre añadida á una cosa lúgubre. Ni más ni menos.

Confieso á usted que permanecí largo tiempo en aquel sitio, mirando al *agujero de los Paganos*, que es quizá la tumba abierta y vacía de un gigante, quizá un cuarto druídico, quizá algún sumidero ó pozanco romano, ó el depósito de aguas pluviales de cualquier convento bizantino desaparecido, ó la asquerosa cueva sepulcral de un lugar de suplicio destruído, cuyas silenciosas paredes fueron probablemente regadas con sangre humana, ó rellenas de esqueletos, ó ensordecidas por la danza del sábado *(sabbat)* girando al rededor del osario; huesa llena de tinieblas, en la cual la luna echa hoy un rayo lívido y una vieja una palabra siniestra.

Cuando bajé de la montaña, vi entre los árboles, en una cima próxima, una torre arruinada, con la cual debió, sin duda, unirse la excavación cuyo significado está perdido ahora.

Los paganos, es decir, los sicambros, según unos, y los romanos, según otros, han dejado profundas huellas en las tradiciones populares que se mezclan aquí continuamente con la historia y la embarazan. En Lorch, á la entrada del Wisperthal, hay otro *agujero de los Paganos*, llamado también Heiden-

loch. En Winkel, en el Rhin, antigua Vinicella, existe la *calle de los Paganos,* Heidengass; en Wiesbaden, antigua Visibadum, hay el *muro de los Paganos,* Heidenmauer.

No cuento entre esos vestigios paganos una especie de arco, cuyo resto, cubierto de hiedra, se ve en la montaña detrás de Caub, á una legua escasa de Gutenfels, y que los campesinos llaman el *puente de los Paganos,* Heidenbrucke, porque me parece evidente que es la ruina de un puente construído allí por los suecos durante la guerra de Treinta años. Además, la tradición no se equivoca mucho. Casi era un Escipión aquel Gustavo Adolfo; y lo que fué á hacer en el Rhin durante el siglo XVII, fué la gran guerra clásica, la guerra romana. Las mismas estrategias que Polibio refiere en la guerra púnica, Folard las halla y las comprueba en la guerra de Treinta años.

He ahí, querido Luis, las aventuras de mis paseos, y no me sorprende de veras que los cuentos y las leyendas hayan brotado por todas partes en un país donde los matorrales se pasean de noche y dirigen la palabra á los viajeros.

La otra tarde, durante el crepúsculo, tenía frente á mí una elevada cresta negra y pelada, que abarcaba todo el horizonte, con una grande y ruinosa torre en lo alto, aislada como las torres maximilianas del valle de Luiz. Cuatro grandes almenas, desgastadas, desportilladas y convertidas en triángulos por el tiempo, completaban la sombría silueta de la torre, y le formaban como una corona de agudos florones. Unos campesinos, habitantes actuales de aquel caserón, habían encendido en el interior una inmensa fogata, cuyas llamas aparecían fuera por las tres únicas aberturas que tenía la ruina, una puerta combada abajo y dos ventanas arriba. Alumbrada ó iluminada en esa forma, no era ya una torre, sino la cabeza negra y

monstruosa de un espantoso Plutón que abría su boca llena de fuego y mirando por encima de la colina con sus ojos hechos ascuas.

En aquellas horas, cuando el sol ha desaparecido, cuando la luna no se ve aún, se encuentran valles que parecen obstruídos por desplomes y hundimientos extraños; es el momento en que las rocas parecen ruinas y las ruinas parecen rocas.

Algunas veces, la especie de poeta que hay en mí triunfa ó se sobrepone á la especie de anticuario que también existe en mí mismo, y me contento con esas visiones.

Otras veces vuelvo al día siguiente, muy temprano; examino el edificio punto por punto, y procuro saber su edad por lo saliente de los matacanes, la forma de los dentículos ó la separación de las ojivas.

Hay en ese género, á unas dos millas de Heidelberg, un valle encantador; valle de arqueólogo y de soñador. Cuatro viejos castillos sobre cuatro jorobas de rocas como cuatro gavilanes mirándose; entre esas cuatro fortalezas, parece haberse refugiado una pobre y vieja ciudad, con espanto, en la cima de una montaña cónica, en donde está acurrucada entre sus muros, y desde donde observa hace seiscientos años la formidable actitud de los castillos. El Néckar parece pertenecer al partido de la ciudad, y rodea la montaña de los burgueses con su brazo de acero. Viejos bosques, en este momento pintarrajeados con todos los dorados del otoño, se inclinan por todas partes sobre el valle como en espera de un combate. Hay allí, entre los encinares y los castañares, grandes bosques de pinos habitados por buhos y ardillas. En ciertas horas, ese conjunto no es un paisaje, es una escena, y se aguarda el instante en que los actores, la ciudad y los castillos, ese hormiguero de enanos y

aquellos cuatro gigantes petrificados, van á volver á la vida y comenzar.

Ese admirable lugar se llama Neckarsteinach.

Una de aquellas cuatro torres está convertida en cortijo y la otra en casa de recreo. Las dos restantes, que están enteramente arruinadas, devastadas y desiertas, me interesaron particularmente, haciéndome volver varias veces.

Una se llamaba en el siglo XII, y sigue llamándose aún hoy, Schwalbennest, que significa *nido de golondrinas*. Está, en efecto, colocada hacia afuera y como construída por una golondrina gigantesca, sobre una consola de la roca en la superficie abovedada de un enorme monte de *gres* rojo.

Era, en tiempo de Rodolfo de Habsburgo, el castillo de un espantoso hidalgo-bandido llamado Bligger *la Plaga*. Todo el valle, desde Heilbronn hasta Heidelberg, era presa de ese gavilán con cara humana.

Como á todos sus semejantes, la Dieta le mandó llamar. Bligger no compareció.

El emperador le hizo pregonar. Bligger se burló de ello.

La liga de las cien villas envió sus mejores tropas y su mejor capitán para sitiar el *nido de golondrinas*. En tres salidas *la Plaga* exterminó á los sitiadores.

El tal Bligger era un combatiente de estatura colosal y que hería con un brazo de herrero.

Finalmente, el Papa le excomulgó á él y á todos sus partidarios.

Cuando Bligger oyó leer, al pie de sus muros, por uno de los mesnaderos del santo imperio, la sentencia de excomunión, alzó los hombros.

Al día siguiente, al despertar, halló el pueblo desierto y la puerta del puente levadizo emparedada. Todos sus guerreros y soldados habían salido durante

la noche de la ciudadela maldita y habían cerrado á cal y canto las puertas.

Entonces uno de ellos, que se había ocultado en la montaña, en una roca, desde donde la mirada podía penetrar en el interior del castillo, vió á Bligger *la Plaga* bajar la cabeza y andar con paso lento por el patio. No entró ni un momento en la torre, y caminó así hasta el obscurecer, solo y haciendo sonar las losas bajo sus pisadas de acero.

En el instante en que el sol desaparecía detrás de las colinas de Neckargemund, el formidable burgrave caía desplomado en tierra.

Había muerto.

Su hijo no pudo lograr que se levantase la excomunión que pesaba sobre su familia hasta ir como cruzado á Tierra Santa y trayendo de allí la cabeza del sultán, que figura aún ahora en el centro del escudo de un caballero de piedra llamado Ulrico Landschad, hijo de Bligger, que duerme tendido en una tumba en la iglesia de Steinach.

Esta familia se halla hoy extinguida.

¿No es una hermosa historia, Luis, que merece la pena de ser contada tanto como las grandes batallas y los enlaces de los reyes? Es necesario, sin embargo, reunir esas cosas en la memoria del pueblo. Los historiadores desdeñan estos pormenores. Dicen que es pequeño; yo, por el contrario, declaro que es grande. Cuentos para las mujeres, siguen diciendo aquéllos; pero ¿conoce usted algo más magnífico y más terrible que los cuentos de viejas y buenas mujeres? En cuanto á mí, Homero me parece tan sublime, que coloco á la *Ilíada* en la categoría de los cuentos de buenas mujeres.

A este propósito, Buchanan, cuyas obras hojeaba yo en la biblioteca de Heidelberg estos últimos días, hace una confesión cándida. He aquí lo que escribe

acerca de Macbeth: *Multa hic fabulose affingunt; sed quia theatris aut fabulis milesiis sunt aptiora quam historiæ, ea omitto.* Lo que Buchanan pone así entre paréntesis, es á Shakespeare.

El pueblo tampoco se engaña. Le agrada lo grande y le gustan los cuentos. Llega hasta á exagerar gustoso los personajes de sus leyendas, y los coloca, para el aumento augusto de los detalles, al nivel de los grandes hombres históricos. La crónica no se contiene ni más ni menos que la historia para trastornar toda la naturaleza cuando se trata de solemnizar á uno de sus héroes. Cuando el *laird* escocés Dunwald asesinó en el castillo de Fores al rey Duff, ocurrieron prodigios, y el sol se obscureció como en la muerte de César.

Mientras los que narran esas grandes cosas se llaman Héctor Boecio ó Hailes's, no es historia, son cuentos. Pero el día en que se llaman Homero, Virgilio ó Shakespeare, es más que historia, es epopeya.

El Schwalbennest tiene aún hoy arrogante aspecto. Es un torreón cuadrado, cuyos dos ángulos vueltos hacia el valle desaparecen y se absorben bajo unas torrecillas matacanes; una doble circunvalación cubierta de hiedra le envuelve, y todo aquel bloque cuelga, tal como se lo digo á usted y sin exageración, pegado al costado de una montaña casi á plomo sobre el Néckar.

He subido el sendero, tan temible en otro tiempo, por donde corrieron el aceite hirviendo, la pez encendida y el plomo fundido de los matacanes. Entré por aquel portillo y aquella puerta que fueron tapiados, hoy anchos huecos que dejan paso al primero que se presenta, y con un clavo grabé estas tres líneas en una piedra del jambaje de la puerta: *Cuando la puerta de la tumba se ha cerrado sobre una familia para no volverse á abrir, la puerta de la casa se abre para no volverse á cerrar.*

El interior del *burgo* tiene un aspecto lúgubre. Raíces de árboles levantan aquí y allí las viejas losas del siglo XII, sobre las cuales resonó la colosal armadura de Bligger cuando el burgrave cayó muerto en el suelo. La montaña, llena de manantiales, continúa dejando caer el agua en la cisterna gota á gota. Los fresales floridos crecen en los intersticios de las losas. Las piedras de las paredes, azotadas por la lluvia y roídas por la luna, están marcadas con mil agujeros, donde las larvas de las mariposas-espectros hilan en la sombra su capullo. Ni un solo paso humano se oye en aquel lugar. En las inaccesibles ventanas del torreón aparecen, como castellanas silvestres, los helechos, que agitan su abanico, y las cicutas que inclinan su quitasol. La gran sala, cuyo techo se ha hundido, está aún regiamente decorada con trece ventanas abiertas todas de par en par con vista al valle. En el momento en que yo estaba, el sol poniente formaba en una de ellas un cuadro que hubiera podido ser un magnífico Claudio Lorena.

El otro torreón no tiene nombre, no tiene historia, no tiene fecha, por decirlo así, casi no tiene ya forma, y es mucho más importante que el *nido de golondrinas.* Si se olvida un instante la torre cuadrada que lo domina todavía, no es un torreón, no es una ruina, no es un caserío, no es un edificio con forma humana (pues el hombre imprime la forma al edificio); es un bloque, una masa cavernosa, una roca agujereada como un pulmón, una enorme madrépora que penetra y llena completamente con sus antenas, sus pies, sus dedos, sus cuellos, sus espirales, sus picos, sus trompas, su cabellera, la vegetación, pólipo espantoso.

Entré allí con mucho trabajo, haciendo en la maleza un ruido de fiera.

Este *burgo* tiene dos siglos más que el Schwalben-

nest. La torre cuadrada sólo ofrece una abertura, una puerta del siglo IX, sobre la cual salen aún paredes hasta unos cuarenta pies de altura, las dos consolas orladas que sostenían el puente levadizo. La archivolta muy sombría de esa entrada inaccesible está tan intacta como si su piedra hubiese sido labrada ayer.

La única cosa, además de la torre cuadrada, que conserva aún una forma, es una gruesa torre redonda, con tres cuartas partes de su altura arrasada, que flanqueaba uno de los ángulos del muro, y que noté al subir. Una vez internado en los antros del derruído castillo, me costó trabajo encontrarla. Por fin vi entre dos montones de espinos la embocadura estrecha de un corredor. Penetré por ella y llegué á una pequeña encrucijada singular; eran cuatro celdas oblongas, abovedadas, bajas, que irradiaban hacia cuatro puntos diferentes del valle, terminada cada una por una aspillera, y partiendo las cuatro del extremo del corredor por donde había entrado. Figúrese usted el interior de un molde en el cual hubiesen fundido la pata de un águila colosal. Esas cuatro células eran los alféizares de onagros ó de halconcillos. Desde el punto en que yo estaba, el burgrave podía ver á la vez, por la primera aspillera de la derecha, el reverso de la montaña; por la segunda, en frente, el Schwalbennest; por la tercera, la ciudad extendida en la colina; y por la cuarta, á su izquierda, los dos otros castillos del valle. Aquella garra de águila que tenía por uñas cuatro máquinas de guerra era el interior de la torre redonda.

Entre los cuatro alféizares, todo era granito cimentado y sillería maciza. He dibujado el Schwalbennest visto por la tronera.

En la primavera, aquellas ruinas, convertidas en un prodigioso ramillete de flores, deben ser encantadoras.

Nadie sabe una palabra acerca del *burgo*. Ni siquiera tiene leyenda ni espectro. Las generaciones de hombres que le habitaron, entraron en él sucesivamente como en una caverna sin fondo, y no ha vuelto á salir de allí ni la sombra de ninguna de ellas.

Cuando llegué á la puesta del sol, me sorprendió la noche en aquel sitio. Entonces aquel edificio lleno de abrojos se fué llenando poco á poco de un ruido extraño. Querido Luis, si alguna vez le hablan á usted del silencio de las ruinas durante la noche, exceptúe usted, se lo ruego, el *burgo* sin nombre de Neckarsteinach. ¡En mi vida había oído gritería semejante! Usted conoce ese adorable tumulto que estalla en un monte, en abril, al salir el sol; de cada hoja brota una nota, de cada árbol una melodía; la alondra gorjea, la tórtola arrulla, el jilguero tararea, el gorrión, alegre pífano, silba contento por encima del conjunto. El bosque es una orquesta. Todas esas voces que tienen alas cantan á la vez y esparcen sobre las colinas y los prados la sinfonía misteriosa del gran músico invisible. En el *burgo* sin nombre, al crepúsculo, ocurre lo mismo, pero en sentido horrible. Todos los monstruos de la sombra despiertan y comienzan á hormiguear. El murciélago aletea, la araña da en la pared con su martillo, el sapo mueve su asquerosa carraca. No sé qué vida venenosa y fúnebre se arrastra entre las piedras, entre las hierbas, entre las ramas. Y luego rugidos sordos, golpes extraños, gruñidos, crepitaciones debajo de las hojas, suspiros débiles que oye uno junto á sí; gemidos desconocidos, seres disformes lanzando ruidos lúgubres, lo que no se oye nunca ladrado ó aullado por lo que no se ve jamás. A ratos gritos espantosos que salen de pronto de habitaciones desmanteladas y desiertas; son los autillos que se quejan como moribundos. En otros instantes cree uno oír andar en la espesura á pocos pasos de distancia;

son ramas cansadas que caen ó se mueven por sí solas. Dos carbones encendidos, caídos de ignorado brasero, brillan en la obscuridad en medio de los abrojos; es una lechuza que os mira fijamente.

Me apresuré á marchar, bastante contrariado, no sabiendo dónde poner las manos en medio de las tinieblas y andando á tientas entre las piedras guiándome con mi bastón. Le aseguro á usted que fué para mí una alegría cuando al salir de la sombría é impenetrable bóveda de vegetación que cierra y envuelve la ruina, el cielo azul, vago, estrellado y espléndido me apareció como una inmensa concha de lapislázuli matizada de oro, en un rincón de la montaña.

Me parecía que salía de una tumba y que veía de nuevo la vida.

Por la noche, después de esas expediciones, vuelvo á la ciudad. Encuentro por el camino grupos de estudiantes de esa gran universidad de Heidelberg, nobles y graves jóvenes cuyo rostro piensa ya. El camino va á orilla del Néckar. La campana de la abadía de Neuburgo suena á intervalos á lo lejos. Las colinas esparcen sus grandes sombras sobre el río; el agua brilla á la luz de la luna con un estremecimiento de mariposa plateada; largas barcas sombrías pasan entre los rápidos como flechas, ó bien no hay ni barcas, ni caminantes, ni casas; el valle está mudo, el río desierto y las rocas brotan revueltas en medio de las corrientes con formas de cocodrilos y de ranas gigantescas que vienen á respirar por la noche á flor de agua.

Ya que estoy hablando de puestas de sol, de crepúsculos y de claridad de la luna, es preciso que le refiera á usted mi tarde de anteayer. Para mí, ya lo sabe usted, esos grandes aspectos no son nunca «la misma cosa», y no me creo dispensado de no mirar al cielo hoy porque lo vi ayer. Continúo, pues, mi relación.

Declinaba el día y yo había subido á un hermoso castañar que domina el castillo de Heidelberg, en una alta colina llamada el pequeño Geissberg. Había allí, en el siglo XII, una fortaleza edificada por Conrado de Hohenstauffen, conde del santo imperio, duque de los francos y cuñado del emperador Barbarroja. Los restos de esa fortaleza, incendiada en 1278 al mismo tiempo que la ciudad de Heidelberg, sirvieron á los suecos para hacer en 1633 un atrincheramiento de piedra seca, y en nuestros días, del atrincheramiento de Gustavo Adolfo, un campesino ha hecho el cercado de su campo de patatas.

El llano del Rhin, visto desde el pequeño Geissberg, es como el Océano visto desde la playa de *Bois-Rosé*. El horizonte es inmenso. Mannheim, Filipsburgo, los altos campanarios de Spira, numerosísimos pueblos, bosques, llanuras sin fin, el Rhin, el Néckar, innumerables islas, en el fondo los Vosgos.

A la derecha, sobre el Heiligenberg, montaña cubierta de bosque, llamada hace dos mil años el *monte Piro*, y hace mil años el *monte Abrahæ*, las ruinas que se ven cuentan la misma historia que las ruinas del torreón de Conrado en el Geissberg. Los romanos erigieron allí un templo á Júpiter y un templo á Mercurio; con los restos de esos dos templos, Clodoveo, después de la batalla de Tolbiac, en 495, construyó un palacio que habitaron los reyes francos. Cuatrocientos años después, en tiempo de Luís el Germánico, Teodroch, abad de Lorges, construyó una iglesia con las demoliciones del palacio de Clodoveo. En 1622, los imperiales, mandados por el conde de Tilli, se apoderaron de Heiligenberg, destruyeron la abadía románica de Teodroch y edificaron con los escombros baterías y espaldones en la cresta de la montaña. Hoy, con esas piedras que fueron un templo á Júpiter, un palacio de los reyes francos, una iglesia católica y una